
Research Article

Pensar desde la periferia. Rasgos del ensayo en Hugo Achugar

Amán Rosales Rodríguez*
Adam Mickiewicz University, Poznań

Received February, 2025; accepted February, 2026;
published online July, 2026

Abstract: The purpose of this article is to comment on the close relationship between the practice of the essay and the idea of ‘thinking from the periphery’ in Hugo Achugar. Although one might think that the Uruguayan author’s writings only prolong familiar aspects of the Latin American essayistic tradition, this article insists that this tradition is revitalized in Achugar’s works. To show this, Achugar’s conception of the essay is confronted with that of other contemporary authors. The article proposes that Achugar’s ideas on issues such as cultural otherness, the role of ‘peripheral’ nations and societies in the process of generation and dissemination of knowledge, and the significance of “theoretical babbling”, are coherently articulated with his conception of the essay as the vehicle par excellence of Latin American critical thinking.

Keywords: essay, theoretical babbling, peripheral thought, Latin American thought.

Resumen: El propósito de este artículo es comentar la estrecha relación entre la práctica del ensayo y la idea de un ‘pensar desde la periferia’ en Hugo Achugar. Aunque se podría pensar que los escritos del autor uruguayo solo prolongan aspectos familiares de la tradición ensayística latinoamericana, en este artículo se insiste en que dicha tradición se revitaliza en las obras de Achugar. Para mostrar lo anterior se confronta la concepción achugariana del ensayo con la de otros autores contemporáneos. El artículo propone que las ideas de Achugar en torno a temas como la alteridad cultural, el papel de naciones y sociedades ‘periféricas’ en el proceso de generación y difusión del conocimiento y la importancia del “balbuceo teórico”, se articulan de forma coherente con su concepción del ensayo como vehículo por excelencia del pensar crítico latinoamericano.

Palabras clave: ensayo, balbuceo teórico, pensamiento periférico, pensamiento latinoamericano.

1 Introducción

A pesar de que el pensador uruguayo Hugo Achugar ha producido, en el curso de varias décadas, una obra crítica importante, no abundan los trabajos dedicados a comentar de cerca elementos particulares de sus aportaciones tanto a la historia y crítica literaria como a lo que se suele denominar como ‘pensamiento latinoamericano’ -es decir, un agregado variopinto de contribuciones multidisciplinares que exhibirían, no obstante su heterogeneidad, cierto aire de familia en su afán de examen crítico de la realidad latinoamericana-. Aunque la obra de Achugar es bien conocida y apreciada entre conocedores y especialistas de los debates en torno a historia literaria y producción teórica uruguaya, latinoamericana, su nombre y sus trabajos no son aún, al parecer, muy familiares fuera de círculos latinoamericanistas.

Achugar se ha desempeñado durante muchos años como docente e investigador en diversos centros académicos dentro y fuera de su país. En todos ellos ha tenido la oportunidad de

* **Corresponding author:** Amán Rosales Rodríguez, E-mail: arosales@amu.edu.pl

intercambiar puntos de vista con renombradas personalidades de los estudios literarios y culturales. En este sentido, el autor uruguayo, que debió marchar al exilio en los primeros años de la década de los setenta, siempre ha resaltado el estímulo teórico recibido especialmente durante su estancia en Venezuela, en el Centro de Estudios Latinoamericanos “Rómulo Gallegos” (CELARG, establecido en 1974).¹

En los últimos lustros, el pensador montevideano ha concentrado su atención en un núcleo de interrogantes fundamentales, que, si bien son formuladas de diferentes maneras y con distintos énfasis según las circunstancias, apuntan a una serie de cuestiones de larga data en la historia intelectual de América Latina, como, por ejemplo: ¿qué significa pensar de forma original desde América Latina?, ¿qué contribución al pensamiento crítico mundial -o, al menos en la tradición occidental- cabe esperar de los intelectuales latinoamericanos?, ¿qué características o marcas formales sobresalen en el modo en que se ofrece el pensamiento latinoamericano?, ¿en qué se diferencia la tradición crítica latinoamericana de la elaborada en otros contextos geográfico-culturales? Desde luego, todas estas cuestiones vienen planteándose en suelo americano -y en un contexto específicamente latinoamericano- casi desde los primeros años de las independencias nacionales cuando, consolidada la emancipación política, surge la necesidad, según diversos autores, de otra emancipación, de carácter ideológico o mental, de los patrones europeos.

No puede ser el propósito de este trabajo examinar de forma exhaustiva cada una de las preguntas anteriores, ni siquiera intentar conectar su desarrollo con la evolución del propio pensamiento de Achugar. Su objetivo central, más restringido, es hacer explícito e insistir en el tipo de escritura que el pensador uruguayo ha elegido para acometer el examen de aquellas y otras cuestiones afines, así como también para comunicarlas a un público no necesariamente especialista en ellas. Este modo discursivo es el del ensayo, asumido por el autor uruguayo como medio de expresión privilegiado para un pensar surgido desde la ‘periferia’ de las capitales europeas.

El desarrollo de las ideas se dará como sigue. A continuación (2) se destacan, relacionándolas con las de otros autores, algunas de las ideas más significativas de Hugo Achugar en torno al ensayo; aquí se resalta el vínculo del intelectual uruguayo con la tradición ensayística latinoamericana. Luego (3) se comenta la importancia de la reflexión achugariana sobre originalidad y periferia teóricas en Uruguay. Después (4) se ahonda en la idea del “balbuceo teórico” como elemento aglutinador de las reflexiones de Achugar sobre el ensayo y la producción intelectual desde América Latina. Un breve comentario final (5) cierra el trabajo.

2 Sobre la naturaleza del ensayo, en contexto latinoamericano

Al comienzo de su artículo “Ensayo, ficción, academia y documento o prueba”, Hugo Achugar escribe que lo que hace en este trabajo es insistir en “lo que me importa: el ensayo crítico, teórico, literario como una apuesta al conocimiento. Porque el ensayo tiene una ‘potencia creativa’, una ‘voluntad de ruptura y de auscultación en los procesos más originales del imaginario’.” (2021, p. 12)². Esta postura parece coincidir con la caracterización del ensayo propuesta por el teórico argentino Fernando Alfón: “*el ensayo es la preeminencia y despliegue del juicio*” (2020, p. 35). Para Alfón, lo esencial del ensayo no hay que buscarlo en la forma

1 Fue ahí, declara el autor en una entrevista, “donde yo sentí que me formé o me formé como investigador” (Acree, 2005, p. 192). Achugar fue director de dicho Centro entre 1979-1982.

2 En este fragmento, Achugar cita algunas expresiones tomadas de la “Introducción” de R. Patiño y N. A. Calomarde a *Ficciones críticas: escrituras latinoamericanas contemporáneas*. Eduvim, 2021, pp. 9-15.

textual que asuma en cada caso y en cada momento histórico; lo fundamental es la actitud que mueve a los ensayistas a forcejar por medio del lenguaje con un problema determinado llevando posteriormente el resultado de sus cavilaciones al espacio del debate público: “Ahí donde el juicio enraíza, donde puja por desplegarse, donde intenta persuadir, crecer e impregnar el texto, ahí hay un ensayo” (2020, p. 35). Ahora bien, las palabras inicialmente citadas de Achugar apoyan, en conjunción con las de Fernando Alfón, una extendida opinión entre los especialistas sobre el significado e influencia de la actividad ensayística en la historia intelectual latinoamericana. Vale la pena detenerse un poco más en este punto antes de proseguir con otros aspectos de la caracterización que Achugar hace del quehacer ensayístico. Eso permitirá entender mejor tanto la conexión de los trabajos del autor uruguayo con dicha historia como el acento específico que sobresale en su concepción del ensayo. Se trata, en su conjunto, en el caso de Achugar, de una forma de concebir el trabajo ensayístico en la que sobresale aquella necesidad imperiosa, examinada por Alfón, de desplegar un juicio crítico y de hacerlo pasar por el tamiz de la discusión social.

Recuérdese, sobre todo, la división tripartita que Beatriz Colombi ha propuesto, en un conocido trabajo, sobre la figura del ensayista a lo largo del siglo XIX. Entre los ensayistas del subcontinente, la autora argentina destaca los tipos del “*polemista*, el *profeta* y el *maestro*”. Mientras que en el primero el afán meditativo se funde con una “actitud agónica”, un deseo de generar un “contra-discurso” cargado de “*pathos* o intensidad afectiva”, en el segundo el ensayista aparece “como anticipador o veedor de los tiempos por venir.” Según Colombi, el ensayista-profeta “trabaja con anticipaciones y bosquejos del futuro, proponiendo fórmulas que resuenen como emblemas del porvenir.” De ahí que “formas tradicionalmente asociadas a la transmisión del saber, como la máxima, el aforismo o la sentencia [sean] habituales en su discurso” (citas anteriores en Colombi, 2007, p. 27). El tercer tipo, el maestro, ha sido, según la autora, “la representación más constante de este repertorio” de figuras del ensayismo latinoamericano. No cabe duda de que muchas figuras de la historia intelectual del subcontinente -incluso hasta bien entrado el siglo pasado- encajan en ese tipo -pero fundiéndose con frecuencia con los del polemista y el profeta-: Sarmiento, Martí, de Hostos, Rodó, Reyes, Vasconcelos, Henríquez Ureña, Martínez Estrada, etc.

Colombi opina que, conforme va decayendo, a lo largo del siglo XX, la figura del ensayista-maestro, se va fortaleciendo la del ensayista como “*intérprete* de la psiquis colectiva”, una variante, con sus propios matices, del tipo anterior. Los textos de estos intérpretes críticos de las culturas nacionales “están abrumados de incertidumbre y nihilismo, así como las obras de los neo-humanistas dilapidaban utopismo y optimismo” (Colombi, 2007, p. 32). En este sentido, la obra crítica de Carlos Monsiváis, destacada por la autora, mantiene cierta cercanía con la de Achugar en la medida en que de las dos se puede decir que “introduce[n] desvíos, rupturas y escepticismos” respecto de los alcances transformadores del trabajo intelectual en América Latina. Los ensayistas actuales trabajan en “condiciones [que] ponen a prueba los propios fueros del intelectual, cuya autoridad ha sido desplazada y devorada por el mercado” (Colombi, 2007, pp. 33-34). Esta es una descripción que también es apta para Hugo Achugar.

Las reflexiones del pensador uruguayo en torno a temas relacionados, de un lado, con la historia de su país, en particular, con la latinoamericana, en general, y, de otro, con las características que asume un pensamiento crítico generado en una situación de descentramiento metropolitano, y por ende ‘marginal’ -en el doble sentido de ubicarse en las fronteras u orillas geopolíticas de la ‘civilización’, y de constituir algo de escasa importancia o valor-, han hallado en el género del ensayo el medio literario perfecto para la difusión de las ideas. Si, por una parte, en el trabajo ensayístico de Achugar se revela un afán crítico-reformador de las mentalidades, de ciertos patrones del pensar y el actuar desde América Latina, está claro, por

otra parte, que sus reflexiones no aspiran a ejercer el mismo tipo de influencia social al que acaso aspiraban pensadores de otros tiempos. En este sentido, aunque en principio parecería correcto ubicar el trabajo de Hugo Achugar en la “nueva ficción del *ensayista desencantado*” (Colombi, 2007, p. 35), otros elementos relativos al ensayo, aportados por otros críticos, también deben ser tomados en cuenta para comprender mejor la especificidad de su quehacer intelectual.

Puesto que Achugar reitera en diversos momentos su predilección por un tipo de escritura signado por la provisoriedad y lo fragmentario, por constituir un trabajo en progreso³, vale la pena conectar su postura sobre el ensayo con la sostenida por el crítico argentino Alberto Giordano. Este autor insiste -retomando la conocida posición de Theodor W. Adorno- en que la actividad ensayística no prevé el arribo a un saber teórico ‘hecho y derecho’ -entendido como la culminación de lo que en su ejercicio está apenas en trance de elaboración-, sino que ella se plantea como reto trabajar “en los intersticios que abre la emergencia de lo imprevisto para descomponer los fundamentos de la cultura que lo hizo posible y lo limita.” Es en esa opción por lo imprevisto e imprevisible donde radica buena parte del carácter indagador del ensayo: “El auténtico pensamiento crítico acoge y encausa las potencias de lo incalculable en la dirección suplementaria de una repetición creativa” (Giordano, 2016, p. 178).

En la misma línea trazada por Giordano en sus reflexiones sobre el ensayo como medio por antonomasia del pensamiento crítico, otro intelectual, también argentino, Horacio González, recuerda que es justamente esa ‘forma sin forma’ del ensayo la que suele provocar mayor irritación entre quienes desearían encontrar, acaso por ejemplo en los propios trabajos de Hugo Achugar, mayor ‘discurso teórico’ y menos ‘divagación literaria’, menos rodeos sobre un tema y más cosecha de resultados científicos. González insiste en la inoperancia de tales pretensiones respecto de una práctica escritural que se rebela contra cualquier intento por forzarla en un esquema genérico académicamente establecido:

Porque el ensayo está siempre en estado de problema, revelando su esencial renuncia a que cada ser mundano extraiga de sí mismo las explicaciones completas sobre su propia existencia tangible. Mientras el acto de conocimiento es alguna cosa que continuamente desea revelar las condiciones en que se produce es decir, que también le pertenecería todo lo que no está siendo él mismo y se halla situado antes de él, el ensayo es la valerosa renuncia a que esa reapropiación se realice. Quiere producir sus resultados antes que el conocer complete su ciclo en sí mismo (González, 2015, p. 212).

Por su parte, Achugar no se define como un académico en sentido ‘oficial’, pleno, sino, sobre todo, como un “agitador” de la vida cultural -alguien encargado “de preguntar lo que no se debe, de introducir temas u ópticas diferentes”-, o sea, como un crítico cultural que ha hallado en la ‘informalidad’ del ensayo la manera idónea para comunicar sus inquietudes intelectuales. Según el ensayista uruguayo: “Más que escribir estudios críticos en el sentido académico fuerte, me interesa hacer ensayos. Es algo que yo valoro cada vez más como una forma de pensamiento libre” (cit. en Flori, 2001, p. 204). Achugar podría hacer suya la apología que Alberto Giordano hace de la posición de Adorno sobre el ensayo -en polémica con las ideas de G. Lukács-, en el sentido, apunta el autor argentino, “de que el supuesto género menor [del ensayo] no es otra cosa que ‘la forma crítica par excellence’ [...], la única forma capaz de procesar la experiencia del saber según su propia lógica, que no es la de la reproducción enriquecedora (en el sentido

3 Achugar indica que varios de sus textos han sido reelaborados y reescritos en el curso de los años. Son escrituras que han sufrido el añadido o la supresión de ciertos elementos; parece tratarse de escritos-borradores que no han adquirido aún su forma y contenido definitivos. Es decir, su autor *ensaya* constantemente el modo de abordar los problemas elegidos.

de que se habla de enriquecer el ‘estado de la cuestión’ sobre un tema) ni la de la obtención de resultados ciertos y comunicables” (Giordano, 2016, p. 180).

Desde el punto de vista de Achugar, la palabra ensayística ha acompañado siempre a una producción intelectual latinoamericana nacida bajo la duda sobre su legitimidad como interpretación de las circunstancias sociales del momento. Por eso, el ensayista uruguayo insiste también en que sus escritos se fraguan en los “espacios inciertos” de la reflexión sobre lo latinoamericano que alcanza momentos especialmente significativos luego de las guerras independentistas, pero que en realidad mantiene su vigencia hasta muy entrado el siglo veinte.⁴ Se trata de una reflexión que en forma gradual va a ir precisando, es decir, haciendo explícito y reconociendo como propio su carácter ensayístico, exploratorio, abierto a la revisión permanente como producto del debate público. Todo esto lo sintetiza el ensayista uruguayo en la introducción de su *Planetas sin boca*, en donde se refiere a todos los trabajos que componen el volumen como simples ejemplos “de la vieja poética del arte efímero. Es decir, una construcción destinada a ser consumida y luego desechada” (Achugar, 2004, p. 13).

Entendida como un tipo de escritura surgida de la máxima libertad, o sea, una “forma libérrima de la escritura que no aspira al conocimiento científico”, la actividad ensayística suele verse, “la mayor parte de las veces, regida por el ritmo de la palabra más que por la música de las ideas” (Achugar, 1992, p. 10). Pero esa imagen de la creación ensayística, en apariencia poco combativa, incluso un tanto inofensiva, superficial, puede opacar el hecho de que el ensayo es inseparable del ejercicio sin fin de la razón crítica. Esto último es justamente lo que ha colocado al ensayo, muchas veces, en una zona de riesgo político, bajo sospecha de incitar a la subversión.

El ensayo no constituye, para Achugar, una forma de escritura preocupada, ni mucho menos, por la obtención de certidumbres teóricas. Y aunque por un tiempo el autor uruguayo se sintió atraído por la “idea del palimpsesto” -una escritura constituida por capas superpuestas, en la que las superiores van desplazando o sustituyendo a las anteriores-, con los años ha ido decantándose, cada vez más, por el texto ensayístico: “El fragmento o el ensayo nunca terminado, nunca terminable, el ‘work in progress’, el eterno ‘ensayo en proceso’ de escribirse, modificarse, corregirse” (Achugar, 2004, p. 14). Interesantemente, lo anterior coincide con el punto de vista de una autora reciente, Erin Plunkett, quien aboga por un acercamiento entre distintas formas del escepticismo filosófico con el espíritu del ensayo -tal y como queda bien caracterizado en la cita anterior de Achugar-. Así, dicha autora encuentra en diversos textos de los hermanos Schlegel, así como en Novalis un impulso fundamental por “comprender el mundo como un todo o un organismo y no sólo analíticamente”, y con ese fin esos escritores románticos “intentan una aproximación cada vez más rica e ‘infinita’ de la verdad multiplicando las distintas formas de ver. Esta estrategia no es sólo filosófica, sino también retórica, y constituye una de las señas de identidad de la ensayística” (Plunkett, 2018, p. 90)⁵.

En la medida en que el escrito ensayístico expresa, por su mismo carácter provisorio y tentativo -análogo, según Plunkett, a ciertas variedades del escepticismo filosófico- un gesto de desobediencia ante la imposición de sistemas de pensamiento que se quieren definitivos, así también puede configurar un espacio de resistencia teórica ante las ambiciones autoritarias de centros imperiales y metropolitanos. Todo esto se conecta con la apología que realiza el pensador uruguayo del “balbuceo teórico” como una estrategia discursiva capaz de generar un

4 La noción de “espacio incierto” como lugar de la reflexión desde y sobre América Latina, se vinculará más adelante con otra noción semejante impulsada por el ensayista brasileño Silviano Santiago: la del “entre-lugar” del discurso latinoamericano.

5 Cuando no se indique lo contrario en las Referencias, las traducciones de algunos fragmentos son del autor de este trabajo.

lenguaje liberador, rebelde, y también opositor al imperio de las teorías de los centros de poder intelectual -en la cuarta sección se ahonda en otros detalles de esta temática relativa al ‘balbucear’ latinoamericano, fundamental en la obra de Achugar.

Desde su condición de representante de un pensamiento latinoamericano ‘balbuceante’, y teóricamente ‘menesteroso’, Achugar se aboca a desenmascarar a los falsos ídolos que rigen la producción internacional de las ideas. En varios de sus ensayos, el punto de partida del análisis es la situación de su propio país, Uruguay, considerada durante mucho tiempo como ‘excepcional’, pero al mismo tiempo ‘marginal’, en el marco de la historia latinoamericana. Conviene entonces detenerse un poco más ahí, en el caso uruguayo, antes de proseguir con el comentario de puntos más específicos del ensayo en Hugo Achugar. La breve incursión que sigue revela una interesante vinculación -de la que se nutre la escritura achugariana- entre el ensayo como género marginal o menor y la situación geográfica-cultural del Uruguay, un país sumido en su propio tipo de excentricidad o marginalidad geográfico-cultural.

3 Originalidad y periferia. El caso uruguayo

Las reflexiones que Achugar ha dedicado a examinar aspectos de la historia más o menos reciente de su país, Uruguay, constituyen un buen punto de partida para considerar desde otro ángulo, complementario, el carácter de su labor como ensayista. La situación geopolítica de la nación suramericana, su doble condición marginal, en vista de su pequeñez geográfica, comparada con la de sus vecinos, y por su autopercepción durante mucho tiempo como “campeón cultural de América” -un país diferente de ‘los otros’, los latinoamericanos-, conspiró, según Achugar, para impedir el surgimiento de una consciencia autocrítica sobre su papel en el marco de una posible solidaridad latinoamericana. Por el contrario, la misma pequeñez hizo que brotara un nefasto nacionalismo autocomplaciente: “Tentado por la endogamia y por la nostalgia de una Europa que no éramos, Uruguay fue construyendo su autoimagen” (Achugar, 2004, p. 15). Dentro de la concepción tradicional del nacionalismo uruguayo, el país se imaginaba tanto más culto y excepcional cuanto más fortalecía sus lazos de dependencia con las metrópolis culturales. Pero esta subordinación a la postre resultó fatal, pues impidió la gestación de una consciencia clara sobre las condiciones reales del surgimiento y consolidación de un país cuyos orígenes ‘imaginarios’ se localizaban más en Europa que en los territorios americanos. Con palabras de Achugar:

La supuesta información y erudición de los uruguayos acerca (de parte) de la cultura del primer mundo (¿será necesario todavía aclarar que siempre se ha tratado de una minoritaria fracción de los uruguayos?) era/es la expresión de una sociedad periférica sometida a las decisiones de la industria y del comercio cultural tanto nacional como internacional [...]. La cultura uruguaya era (y lo sigue siendo) una cultura de la periferia. Nuestra información acerca de la vida y las culturas metropolitanas indica nuestra ubicación en el mundo más que el valor absoluto de nuestra cultura. La sofisticada cultura uruguaya era la cultura de una élite en la periferia (1992, p. 17).

En varios momentos de su ensayo, “Uruguay, el tamaño de la utopía”, Achugar se pregunta qué características tendría una cultura uruguaya auténtica, consciente de su lugar ‘periférico’ latinoamericano, es decir, liberado de la imagen autosatisfecha de nación especial que rigió durante décadas su vida política y cultural:

País pequeño en la periferia y país pequeño en tiempos postcoloniales, Uruguay debe adecuar el tamaño de su utopía a su tamaño. La adecuación, por supuesto, tiene dos frentes: el material (o industrial) y el cultural (o simbólico). Pequeño no quiere decir pobre como tampoco quiere decir petizo. Una pequeña gran cultura en lo

económico o industrial puede querer decir una cultura adecuada. Pero una cultura adecuada en su tamaño a nivel cultural quiere decir una cultura asumida (1992, p. 27).

El enfoque de Hugo Achugar sobre la situación marginal uruguaya sugiere que es posible, para los sujetos rechazados por los centros metropolitanos, asumir esta posición mediante un gesto de autonomía intelectual. La (auto)consciencia sobre el lugar periférico puede funcionar de acicate (auto)crítico de ciertos supuestos teóricos específicos, asumidos o impuestos desde los centros de influencia intelectual y como crítica en un sentido más amplio de la soberbia imperial. Achugar sugiere que el examen de lo que ha sido considerado durante siglos como una condición intelectual marginal o secundaria puede estimular ahora el carácter (auto)reflexivo de las creaciones latinoamericanas. Es decir, la ‘admisión’ autocrítica de la marginalidad económica y cultural entraña un ajuste de cuentas rebelde con el colonialismo mental heredado de la época colonial, una mentalidad que, en el caso de Uruguay, se complacía en acentuar la excepcionalidad cultural del país -su diferencia respecto de lo latinoamericano y su semejanza con lo europeo- como compensación de su debilidad económica y política.

Desde el punto de vista del ensayista uruguayo, ya no se trata -para el Uruguay y para el resto de país latinoamericanos- de correr (en vano) tras las altas metas intelectuales y filosóficas fijadas por las metrópolis, sino de aceptar que desde los territorios periféricos cualquier tipo de contenidos se verá siempre transformado por su aplicación en los ‘márgenes’ de la cultura occidental. Es justamente en estas problemáticas orillas geopolítico-culturales donde puede tener lugar una creatividad artístico-intelectual harto interesante, dada la heterogeneidad de sus elementos constitutivos. Lo importante en cualquier caso es que se trata de una creatividad recelosa de ciertos discursos teóricos; es decir, curada de aquella actitud de autoengaño que consistía en querer ser como lo sugiere o dicta algún Canon metropolitano.⁶

Hugo Achugar tiende a identificar la adquisición, por parte del pensar latinoamericano más reciente, de una consciencia alerta, ‘desencantada’ de aquel sueño utopista tradicional, vigente durante gran parte de los siglos XIX-XX, de querer ‘pertenecer’ al estatuto central-metropolitano, europeo-occidental, con el surgimiento de una cierta mentalidad utopista atravesada de escepticismo y suspicacia. Aunque ahora la sospecha se encauza no tanto hacia formas teóricas monolíticas, sino hacia los nuevos cantos de sirena de una posmodernidad demasiado jactanciosa de su apertura y tolerancia de todas las culturas. Con palabras del autor:

Parafraseando a Cioran, una voz a la vez central y marginal en más de un sentido, diría que se necesita una inmensa dosis de desengaño para poder vivir en la periferia sin utopía, y la idea de una redefinición de la periferia como el espacio del escepticismo utópico podría ser la utopía contemporánea. Es decir, la periferia como el lugar desde donde pensar el mundo sabiendo que no seremos por un muy largo tiempo habitados por los dioses mayores del parnaso contemporáneo (Achugar, 1994, p. 43).

Es interesante constatar que esta variante del “escepticismo utópico”, aludida por Hugo Achugar como actitud saludable de cara a tiempos posmodernos, tendría un antecedente no tan remoto en ciertos planteamientos del teórico y ensayista cubano Fernando Ortiz sobre la relevancia del concepto de ‘transculturación’. En especial, según la lectura con que Fernando Coronil introduce al público angloparlante la obra fundamental de Ortiz, el *Contrapunteo cubano del tabaco y del azúcar*, el libro del cubano “ayuda[ría] a mostrar el juego de la ilusión

6 De hecho, Achugar ha cuestionado en distintos momentos la idea misma de un Canon, un modelo literario ejemplar o único, válido para todas las épocas y latitudes. Por ejemplo, después de analizar el caso de la poeta y activista social afrouruguaya Cristina Rodríguez Cabral (1959-), marginalizada en su propio país, concluye: “El caso de esta poeta importa [...] para demostrar que no se puede hablar de canon en singular y que remitirnos a Harold Bloom es reiterar la hegemonía de un aparato literario de canonización centrado en valores del mundo colonial, heteropatriarcal, blanco e ignorante de lo que ocurre en mundos que desprecia” (Achugar, 2019, p. 196).

y el poder en el hacer y deshacer de las formaciones culturales” (Coronil, 1995, p. xiv). El punto sugerido por Coronil aparece claridad en la defensa ortiziana de la transculturación como estrategia de apropiación y adaptación original de cualquier producto mundial.

Se trata con lo anterior de una actitud escéptica que desestabiliza la validez de ciertos binarismos absolutos del tipo: centro-periferia, todo-parte, modelo-copia, por ejemplo. Escribe Coronil: “Si la autoformación de centros soberanos implica la creación de periferias dependientes, Ortiz celebra la autoformación de estas periferias, el contrapunto a través del cual las personas convierten los márgenes en centros y crean identidades fluidamente coherentes a partir de historias fragmentadas” (1995, p. xiv). Con otras palabras, la creación de periferias, si bien acarrea procesos de aculturación y dependencia, alienta en ellas también la necesidad de una *autoafirmación relativizadora del poder*; es decir, impulsa el proceso de transculturización que acaba revelándose como una actitud de independencia celebratoria frente a los centros metropolitanos.

4 Ensayo y “balbuceo teórico”

La concepción de Achugar sobre la escritura ensayística, a la que entiende como lugar de experimentación de las ideas -y de su entrega al debate público- se entrelaza con su posicionamiento crítico en torno al “balbuceo teórico” latinoamericano, tema que se abordará en esta sección con algo más de detalle. En tanto que la palabra tentativa del ensayo revela a cada paso su inseguridad -pues aparece, por lo general, como una palabra insegura o vacilante-, su ‘incapacidad’ de aportar ‘auténtico’ conocimiento, no es difícil descubrir su parentesco con la idea del “balbuceo teórico” repensada por Hugo Achugar. En este sentido, Teresa Basile recuerda, recalando al mismo tiempo el aporte del uruguayo, los antecedentes ‘calibanescos’ -a partir de la lectura de Roberto Fernández Retamar- de esta reivindicación del balbucear de ‘sujetos marginales’ -es decir, que han sido reducidos a esa condición por los dictámenes teóricos metropolitanos- por parte de Achugar:

La lengua de Calibán que -para Fernández Retamar- significa una distorsión de la lengua del amo como gesto de resistencia del subalterno latinoamericano, en Achugar se vuelve “balbuceo” para señalar también un gesto de resistencia pero que ahora increpa la sordera del amo para oír el relato del subalterno. El latinoamericano no es quien balbucea, la condición de balbuceo se la otorga la distribución que el centro hace de los saberes en el espacio global y jerarquizante (Basile, 2006, p. 215).

Pero Basile subraya, con razón, que Achugar no se contenta con constatar el ‘problema’ que representa la soberbia metropolitana para el pensamiento latinoamericano, sino que, ubicándose más allá de la simple queja, “hace del balbuceo un lugar productivo del saber local propio de América Latina, lo revaloriza y convierte en matriz del ensayo: es que el balbuceo escapa a la sistematicidad del discurso hegemónico y por ello se adecua al formato del ensayo alejado de las demandas racionalistas propias del tratado sistemático” (Basile, 2006, p. 215). La autora relaciona su lectura de la intención crítica de Achugar con la que anima la concepción del ensayo defendida por Theodor W. Adorno. Según ella: “Adorno le otorga un valor similar al ensayo en tanto espacio fragmentario desde el cual intervenir en la racionalidad instrumental de Occidental [sic]” (Basile, 2006, p. 215).

El eurocentrismo -en sus diferentes manifestaciones: geopolíticas, socioeconómicas, académico-intelectuales- con su soberbia metropolitana necesita de los *otros* de las periferias geográficas y económicas como figuras de contraste para afianzar su posición de dominio mediante la manipulación de la Historia. A eso parece referirse implícitamente la cita anterior de Teresa Basile. Al respecto comenta también el ensayista uruguayo: “El Otro, el Otro caníbal

o bárbaro, el Otro objeto de un discurso, el Otro necesario para que el yo se constituya como sujeto, aparece y desaparece en la construcción de las filiaciones o lo que es lo mismo de la memoria, sea individual, colectiva, pública, histórica u oficial. Situar y filiar al Otro posibilita diseñar o inventar memorias, posibilita construir pasados o borrar historias” (Achugar, 2004, p. 29). Desde la perspectiva de Achugar una modalidad auténticamente crítica del ensayista latinoamericano daría cuerpo al intelectual combativo que desestabiliza, introduciendo con su expresión balbuceante, ‘incomprensible’, la amenaza de lo otro impredecible e inestable en las estructuras de las teorías metropolitanas.

Es sugerente notar cómo otro autor, Saikat Majumdar, al interpretar desde la práctica del ensayo la obra de varios autores del ámbito asiático y africano llega a conclusiones que guardan afinidad con las del pensador uruguayo. En su artículo “Essay and Empire”, Majumdar sugiere, retomando a la vez el acento que Edward Said pone sobre el recurso de la ironía en el ensayo de crítica cultural, que este movimiento irónico “se realiza de manera especial en la intervención crítica del ensayista poscolonial de la periferia colonial, en cuya obra el conocimiento no especializado se convierte en un proyecto perpetuamente poscolonial” (2023, p. 169). Poco antes de esta cita, Majumdar había indicado que el concepto de “fracaso” sirve “de puente de afinidad entre el género falible del ensayo [al que usualmente se lo asocia con “lo tentativo, lo inacabado y lo imperfecto”] y la consciencia poscolonial.” Lo hace produciendo, asegura Majumdar, “una liberación del dominio” que acaso no podría generarse *desde dentro*, es decir, al interior de los parámetros teóricos vigentes en dicho dominio. Con otras palabras, el crítico-ensayista ‘periférico’ se rebela contra la necesidad de alcanzar el nivel teórico dominante en el ‘centro’ y sustituye esa aspiración por la mirada irónica, escéptica, que lanza sobre las metrópolis intelectuales y las supuestas razones de su preponderancia intelectual.⁷

El “balbuceante” pensador latinoamericano representa así *lo otro* del pensamiento europeo-occidental: coherente, teóricamente sólido y confiable. Aparece como una figura anómala, que se expresa en un discurso de ‘segunda categoría’, y que por fuerza se ubica e interpreta el mundo, según Achugar, en la “intemperie” de la historia, o sea, en circunstancias de cierta orfandad o ‘pobreza filosófica’, o al menos así se lo visualiza desde el punto de vista de los centros académico-intelectuales dominantes. Pero Achugar reivindica la validez del balbuceo marginal en la medida en que representa tanto un modo de expresar deseos de independencia del discurso teórico como una manera de ironizar (según la lectura de Majumdar-Said) sobre los fundamentos en que se asienta la autoridad de los centros difusores de Teoría:

No existe un lugar privilegiado desde donde interpretar. La legitimidad de la institución como espacio de autoridad ha sido cuestionada. También hemos aprendido que vivir en la intemperie no sólo es difícil sino que termina por devenir en otra institución. [...] Pero si no existe un lugar ascético o un *aleph* desde donde interpretar, ello no implica la imposibilidad de la interpretación. Se interpreta desde un espacio contaminado y parcial. Contaminado por la historia social y la personal, parcializado por la historia social y la personal pero también por la localización geográfico-cultural de ese espacio en el planeta (1994, pp. 63-64).

Interpretar la historia desde la intemperie quiere decir, para Achugar, no partir de modelos académicos o teóricos preestablecidos, considerados como críticamente intocables, pero tampoco significa comenzar de cero en la historia. Solo se trata de tener presente el peso de situaciones concretas que condicionan a la palabra autónoma y siempre marginal por ser crítica de autoridades autoerigidas. Hablar y pensar desde la intemperie también entraña haber

7 Con palabras de Edward W. Said, que concluyen su comentario de la “metafísica” del ensayo en Georg Lukács: “el modo del ensayo es irónico, esto significa, en primer lugar, que la forma es claramente insuficiente en su intelectualidad con respecto a la experiencia y, en segundo lugar, que la forma misma del ensayo, su condición de ensayo manifiesta un destino irónico respecto a las grandes cuestiones de la vida” (1983, p. 52).

“perdido la seguridad de eso que llaman los macro-relatos. No tengo una historia global o un sujeto social -un héroe fundamental- que todo lo explique, que todo lo pueda” (Achugar, 1994, p. 65). La aceptación de una postura de intemperie o marginalidad balbuceante no constituye, para el ensayista uruguayo, una desventaja para el trabajo teórico, sino tan solo la aceptación de su lugar concreto de enunciación, puesto que siempre

interpretamos desde un espacio contaminado y parcial, pero aspirando a una interpretación que sea operativa. Creo que son pocos los que siguen creyendo que la interpretación es permanente y definitiva. A lo que se aspira es a que la interpretación produzca sentidos y acciones. Es por esto que toda interpretación es política y que toda interpretación es política y que toda interpretación es o tiene un valor situacional (Achugar, 1994, p. 64).

Achugar reivindica la idea del carácter ‘fragmentario’ del discurso crítico cultural latinoamericano, éste se hace cargo de lo que ha quedado por fuera o dejado de lado en la Historia hegemónica, los ‘residuos’ de la reflexión teórica. Sin duda, todo esto se conecta con la vigencia que tiene para Achugar la forma del ensayo como medio de expresión de lo que no se puede decir sino de modo balbuceante, interrumpido, parcial. Pues, en efecto, el ensayo suele quedarse con las partes y evita ilusionarse, por lo general, con las totalidades. El análisis que se desprende de la palabra ensayística solo puede ofrecer “[e]stampas, pensamientos fugaces, instantáneas perecederas de un viajero accidental recorriendo los inciertos territorios de la reflexión cultural, artística” (Achugar, 2004, p. 13).

Según la lectura que Florencia Bonifiglio realiza de toda esta temática -que conecta con la figura de Calibán como portavoz de una forma de expresión balbuceante, poco menos que incomprensible-, el pensador uruguayo “parecería postular la conveniencia o eficacia del balbuceo teórico como un modo estratégico de resistencia, incluso como una forma de contestación al discurso hegemónico, dominante y autoritario” (2020, p.388). De acuerdo con otra autora, el gesto achugariano de oponer resistencia a un tipo dominante de discurso académico concuerda claramente con una de las formas tradicionales en que el ‘pensamiento latinoamericano’ ha buscado una manera propia de expresión:

Efectivamente, la reivindicación del “fragmento” y del “balbuceo” forma parte de “una antigua y fuerte tradición del pensamiento latinoamericano”, que también confluye con el ensayo como género que rehúye la sistematicidad del tratado. [...] El estilo de la prosa ensayística de Achugar, basado en interrogaciones sucesivas así como en contradicciones deliberadas, confirma la voluntad de mostrar el proceso de construcción de su pensamiento, otra modalidad del “balbuceo teórico” que propone permanentemente secuencias incompletas e inciertas (Romiti, 2013, pp. 66-68).

Aludiendo a las ideas de Fernández Retamar sobre las características del pensamiento latinoamericano, Achugar comenta el carácter de reflexión menor o de segundo grado que suele proyectar al exterior dicho pensamiento con su apariencia de fragmentario/residual, marginal/marginalizado. Pues, aunque los latinoamericanos lograron apoderarse, en rebelión ‘calibanesca’, del lenguaje de los conquistadores, parece que no solo no habrían conseguido generar un contenido original, sino que la forma de expresión de esas ideas de segunda mano quedó restringida a estilos de expresión menos rigurosos o sistemáticos -ensayos, artículos, crónicas, discursos políticos-, es decir, escritos supuestamente representativos de la marcada informalidad que caracterizaría a aquel pensamiento.

El ‘pensamiento latinoamericano’ constituiría la forma de expresión de aquel *otro* de occidente, extrañamente cercano y lejano a la vez, que sería el latinoamericano, colocado siempre en una ambigua situación de estar dentro y afuera de la ‘verdadera’ Cultura metropolitana. Dicho título apuntaría a una forma de producción intelectual básicamente imperfecta o incompleta -‘calibanesca’, quebrada en sus significados-, un ‘algo’ siempre en proceso, en ciernes de convertirse en ese algo más que no logró en el pasado -ni acaso lo

conseguirá nunca-, es decir, cuajar en pensamiento filosófico -al que el pensamiento latinoamericano se asemeja, como una especie de reflejo o sombra. Desde el punto de vista hegemónico, el pensamiento latinoamericano no consiguió producir una reflexión que ostentara los mismos sellos de ingenio, rigor y profundidad que sus modelos ‘maduros’ al otro lado del Atlántico. La expresión ‘pensamiento latinoamericano’ denotaría algo así como la versión *light* de una Teoría o Filosofía madura, plenamente constituida. Achugar estima que cuando Fernández Retamar insta a asumir las formas ‘menores’ como medios de expresión propios del pensar latinoamericano, en realidad lo que está haciendo es aceptar la dicotomía entre dos tipos de producción teórica, una de origen metropolitano y otro periférico:

Aquellos que piensan que hay un solo modo o una solo vía para el trabajo teórico -su modo o el modo que sus instituciones definen como *la* vía-, no pueden reconocer el discurso del otro como estructurado y calificarán -descalificarán- de balbuceo todo lo que ellos interpreten como ‘no sistemático’ y ‘no metódico’. Nuevamente, parece que habría un modo hegemónico o prospereano de teorizar y otro canibal, subordinado, menor (Achugar, 2004, p. 34).

La versión de Fernández Retamar no expresaría toda la verdad respecto de los dilemas del pensamiento latinoamericano, pues de lo que se trata, precisamente, según Hugo Achugar, es de cuestionar el fundamento o sentido mismo de tal dicotomía, o de cualquier otra variedad similar de gradación jerárquica del conocimiento surgida del corazón mismo de las academias e instituciones centrales. Así, el autor de *La biblioteca en ruinas* parece decantarse por una concepción muy amplia, heterogénea al máximo del concepto de ‘posmodernidad’ en relación con el contexto latinoamericano. A diferencia de los binarismos excluyentes de la modernidad:

La posmodernidad, en cambio, tanto en el centro como en la periferia parece abrir las puertas a la mezcla, a la contaminación, a la desjerarquización de lo múltiple y de lo heterogéneo. Lo heterogéneo en la modernidad ingresó por el lado de lo exótico pero conservó el acento que la asimilación a lo hegemónico le confirió al descubrirlo en su diferencia casi antropológica. En la posmodernidad hay como una suerte de convivencia más democrática o más caótica -elijan los lectores el calificativo- que posibilita una valoración inédita o incluso que debilita el sistema de valoración anterior (Achugar, 1994, p. 41).

Este conjunto de ideas es compatible con las que ha venido desarrollando desde hace muchos años el teórico y ensayista brasileño Silviano Santiago. En su importante trabajo sobre “El entre-lugar del discurso latinoamericano” (1971), Santiago arribaba ya a conclusiones afines a las de Achugar. Santiago recuerda como el mestizaje latinoamericano puede entenderse como una colosal rebelión contra las ideas de unidad y uniformidad prevalecientes en la época colonial. Frente a la mentalidad europea de la exclusión, los mestizos van consolidando un proceso ‘contaminador’ de la cultura dominante, y lo hacen “a favor de una mixtura sutil y compleja entre el elemento europeo y el elemento autóctono -una especie de infiltración progresiva realizada por el pensamiento salvaje, es decir, la abertura del único camino posible que podría llevar a la descolonización-” (Santiago, 2020, p. 69).

Como alternativa a la estrategia metropolitana de imposición de modelos binarios en la cultura y en las estructuras sociales, pero también de búsqueda de una eliminación sistemática de la diferencia, se va imponiendo en la sociedad latinoamericana un proceso de mezcla, de hibridismo étnico y cultural. La cultura mestiza de los *otros*, étnica y culturalmente humillados y relegados a los bordes de la vida social organizada por el poder colonial dominante, va penetrando de forma gradual, conforme avanzan las décadas, en los espacios tradicionalmente acaparados por las normas europeas. El mestizaje latinoamericano se extiende socavando de manera lenta, pero al cabo muy visible, terrenos fertilizados durante siglos por la arrogancia imperial. Como apunta Santiago:

La mayor contribución de América Latina a la cultura occidental viene de la destrucción de los conceptos de *unidad* y de *pureza*: estos dos conceptos pierden el contorno exacto de su significado, pierden su peso aplastador, su señal de superioridad cultural; a medida que el trabajo de contaminación de los latinoamericanos se afirma, se muestra cada vez más eficaz. La América Latina instituye su lugar en el mapa de la civilización occidental gracias a un movimiento que activa y destructivamente desvía la norma, un movimiento que resignifica los elementos preestablecidos e inmutables que los europeos exportaban al Nuevo Mundo (Santiago, 2020, p. 70).

El proceso de mestización de la cultura americana significó así un alzamiento contra la asimilación forzada de los pueblos originarios dentro de los esquemas de pensamiento traídos por los poderes peninsulares. Santiago recuerda de qué modo a los pueblos indígenas se les despojó primero de sus historias locales que serían, más tarde, integradas en las historias, española o portuguesa, europeo-occidental, en fin, que luego esos mismos pueblos habrían de memorizar y vivir “con entusiasmo”, de modo fictivo, “en el gran escenario que es su propia tierra. Y ya en el siglo XX ni siquiera la tierra le pertenecerá” (2020, p. 109). Es decir, los territorios tanto geográficos como mentales de los pueblos originales de América serán asimilados/subordinados a las gestas de los imperios conquistadores. Solo a partir de ese momento podrá decirse, según el flagrante etnocentrismo implícito en esta forma de pensar, que comienza su ingreso a la Historia.

Hugo Achugar reclama como rasgos distintivos del pensamiento crítico latinoamericano tanto su condición *otra*, ‘balbuceante’, como su deseo de autonomía respecto de la autoridad metropolitana. Achugar y Silviano Santiago reclaman, juntos, el derecho del pensamiento latinoamericano de apropiarse creativamente de todas las tradiciones del mundo -Borges es también un referente importante en estas discusiones sobre el cosmopolitismo cultural. Para ambos puede tener validez la observación de un comentarista a propósito de la aportación teórica de Silviano Santiago; en ella, afirma el intérprete, “[n]o encontramos [...] una propuesta que procure invertir la relación entre centro y periferia, sino en deconstruir la jerarquía que lleva implícita tal distinción”⁸ (Cámara, 2021, p. 188). Frente a los requisitos que emanan de las producciones ‘céntricas’ de las metrópolis culturales -que dictan qué debe pensarse y cómo, con cuáles herramientas y modelos teóricos-, Achugar reitera en sus trabajos la necesidad de ubicarse conscientemente a la intemperie, en los márgenes o en el “entre-lugar” inestable de lo fluido, residual e indefinido, en los lugares teóricamente fronterizos del pensamiento occidental. En los escritos de Achugar se sugiere que la escritura ensayística latinoamericana más alerta y deseosa de independencia mental, habría de realizarse entonces desde su estado ‘precario’, o bien, desde una recuperación de aquel “entre-lugar” (Silviano Santiago), cuya presencia a veces se olvida, pero que ha existido desde los inicios de la cultura mestiza latinoamericana.

5 Conclusión

Para Hugo Achugar la práctica del ensayo está determinada por el deseo de profundizar en los orígenes y las consecuencias de la posición limítrofe de la cultura latinoamericana. Desde el ensayismo ‘periférico’ se trata de configurar una voz propia para el diagnóstico de problemas

8 M. Cámara explica cómo logra Santiago demoler teóricamente la creencia en ciertas jerarquías binarias, del tipo centro-periferia, metrópolis-colonia, que actuarían como obstáculos en apariencia insalvables para un pensamiento original: “Por ejemplo, haciendo suyas las críticas al concepto de unidad y pureza que se realiza desde la deconstrucción, Santiago sostendrá que la mayor contribución de América Latina a la cultura occidental consiste en la destrucción sistemática de dichos conceptos” (2021, p. 189).

característicos de países históricamente dependientes de los centros del poder económico, político e intelectual. Se trata también de producir, desde el lugar americano de enunciación ‘en los márgenes de la cultura’, un discurso autocrítico de sus elementos constitutivos.

Para Achugar, la forma “libérrima” del ensayo es idónea para configurar un pensamiento más allá de los esquemas de autoridad y poder que la centralidad académica insiste en imponer de forma más o menos encubierta. Esta apuesta a favor de la máxima libertad formal vale también, como ha indicado la ya citada Erin Plunkett, para el papel que le cabe desempeñar al propio autor o autora del texto ensayístico. Se trata de una nueva función en la que el narrador o narradora no aparece como una figura “omnisciente o neutral, sino más bien [como] un[a] compañero[a] lector[a], que ofrece y multiplica conscientemente modelos de posible interpretación” (2018, p. 169).

El carácter heterogéneo del ensayo posibilita, además, la constitución de un pensar más allá de encasillamientos rígidos que se supone deben ser respetados -bajo la forma, por ejemplo, de corrientes, escuelas o movimientos artístico-literarios- si es que se desea pertenecer a -y ser medianamente admitido en- los territorios de la Academia metropolitana. La escritura ensayística en la obra de Hugo Achugar se relaciona con una actitud de modestia intelectual, de percatación sobria de las circunstancias históricas de las que surgen creencias en torno al ‘conocimiento’ y la ‘teoría’. Asimismo, se trata de una modalidad del ensayo, la achugariana, que a cada paso advierte del peligro de obsesionarse por acceder al círculo privilegiado de la Teoría -el deseo insistente de ‘estar adentro’, por ‘pertenecer’ y ‘ser como ellos’, los dueños ‘legítimos’ de esa Teoría-.

Referencias

- Acree, W. (2005). Conversación con Hugo Achugar, *A Contracorriente: una revista de estudios latinoamericanos* 3(1), 190–197,
<https://acontracorriente.chass.ncsu.edu/index.php/acontracorriente/article/view/184>
- Achugar, H. (1992). *La balsa de la Medusa. Ensayos sobre identidad, cultura y fin de siglo en Uruguay*. Ediciones Trilce.
- Achugar, H. (1994). *La biblioteca en ruinas. Reflexiones culturales desde la Periferia*. Ediciones Trilce.
- Achugar, H. (2004). *Planetas sin boca. Escritos efímeros sobre arte, cultura, y literatura*. Ediciones Trilce.
- Achugar, H. (2019). Transgredir el canon en el siglo XXI, *Revista Letral* 21, 183–203.
<https://revistaseug.ugr.es/index.php/letral/article/view/8232>
- Achugar, H. (2020). *Piedra, papel o tijera. Sobre cultura y literatura en América Latina*. Editorial Universitaria Villa María.
- Achugar, H. (2021). Ensayo, ficción, academia y documento o prueba, [sic], 29, 11–16,
<https://doi.org/10.56719/sic.2021.29.4>
- Alfón, F. (2020). *La voluntad de juicio. Una teoría sobre el ensayo*. Editorial Caterva.
- Basile, T. (2006). Calibán en la trama de la posdictadura del cono sur. A propósito del ensayo de Hugo Achugar, *Katatay* 2(3-4), 207–215.
https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.7208/pr.7208.pdf
- Bonfiglio, F. (2020). *The great Will/El gran legado. Pre-textos y comienzos literarios en América Latina y el Caribe*. Iberoamericana-Vervuert.
- Cámara, M. (2021). Entre-lugar. En B. Colombi (Ed.), *Diccionario de términos críticos de la literatura y la cultura en América Latina* (pp. 185–194). CLACSO.
<https://www.clacso.org/wp-content/uploads/2021/11/Diccionario-terminos-criticos.pdf>

- Colombi, B. (2007). Representaciones del ensayista. *The Colorado Review of Hispanic Studies* 5, 2–36.
- Coronil, F. (1995). Introduction to the Duke University Press Edition. En F. Ortiz, *Cuban Counterpoint: Tobacco and Sugar* (pp. ix–xlvii) (H. de Onís, Trans.). Duke University Press.
- Flori, M. (2001). Tendencias de la narrativa uruguaya actual: Conversación con Hugo Achugar, *Inti: Revista de literatura hispánica* 1(54), 199–205.
<https://digitalcommons.providence.edu/cgi/viewcontent.cgi?article=2248&context=inti>
- Giordano, A. (2016). El discurso sobre el ensayo en la cultura argentina desde mediados de los ‘80, 452°F. *Revista de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada*, 14,
<https://revistes.ub.edu/index.php/452f/article/view/11932>
- González, H. (2015). Ensayo y memorándum. En A. Giordano (Ed.), *El discurso sobre el ensayo en la cultura argentina desde los 80* (pp. 211–230). Santiago Arcos editor.
- Majumdar, S. (2023) Essay and Empire. En K. Wittman and E. Kindley (Eds.), *The Cambridge Companion to the Essay* (pp. 167–181). Cambridge University Press.
- Plunkett, E. (2020). *A Philosophy of the Essay. Scepticism, Experience and Style*. Bloomsbury Academic.
- Romiti, E. (2013). Los archivos literarios de la región sur latinoamericana, *Lo que los archivos cuentan* 2, 43–74,
<http://bibliotecadigital.bibna.gub.uy:8080/jspui/handle/123456789/50479?mode=full>
- Said, E. W. (1983). *The World, the Text, and the Critic*. Harvard University Press.
- Santiago, S. (2020). *Una literatura en los trópicos. Ensayos escogidos* (Mary Luz Estupiñán, Raúl Rodríguez Freire, Trad.). Editorial Casa de las Américas.